

vencerlo, de lo cual estoy distante; pero lucho por dominarlo, y llegaré á vencerlo si soy verdadero cristiano.

Celebraría mucho que Miraflores fuese enviado á París, y que me llamasen á mí para darle mi puesto; en este caso no me vería obligado á realizar un propósito que me es violento; pero semejante eventualidad no es probable ni apenas posible.

Mi reconciliación con Narváez ha sido, en efecto, de las más cordiales, y mi delicadísima negociación ha concluído de la manera más satisfactoria: Si Narváez vuelve á entrar, el Gobierno está exento de toda responsabilidad; y si permanece aquí, el Gabinete se libra de todo peligro. ¿Creéis que cualquiera otra solución hubiera sido mejor? El secreto del resultado es, sin embargo, muy sencillo: se reduce á tener ánimo, corazón y honor en aquel grado adonde no llega el interés.

Habéis formulado una verdad incontestable al decir que no hay salvación para Europa mientras Francia no se salve á sí misma, sea por sus propios esfuerzos, sea con la ayuda de otras naciones. Opino lo mismo, porque se puede decir que los destinos de Europa son los de Francia.

Principian á nacer dificultades; espero un golpe de Estado, y si éste llega se repetirá en todas partes para restablecer en todas partes el orden por la fuerza. Pero si el golpe de Estado se frustra, Europa entraría en un período de confusión tal, que el diablo mismo no sería capaz de prever el término adonde se llegaría. No hablo de España, porque sufriría la suerte general.

Ayllón, como decís bien, puede ser comparado á una mina inagotable: sin él, Bertrán de Lis y Miraflores se habrían visto atajados á cada instante: es todo un hombre de negocios.

Ignoro si habrá necesidad de mí; pero he resuelto no mezclarme en las discusiones del Parlamento; tendría por perdido el tiempo que le consagrare; entre la Cámara y yo hay incompatibilidad, y hasta siento dentera cuando oigo hablar de debates parlamentarios.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 17 de Octubre de 1851.

Mi querido Conde: Al día siguiente de haberos escrito recibí vuestra carta del 9, que me traía noticias relativas á la crisis ministerial; os doy las gracias, y os ruego tengáis la bondad de decirme siempre lo que me convenga saber. Yo os hablaré, en cambio, del estado de Francia, y someteré mis juicios á vuestras reflexiones.

Cuando pasasteis por París, hallasteis á Francia dividida en numerosos partidos: legitimistas, orleanistas, bonapartistas, republicanos, ó moderados ó socialistas. Todos estos partidos han desaparecido unos después de otros, y entre los monárquicos, los legitimistas son los que han perdido más completamente su influencia; desde que declararon que aceptaban las "gloriosas conquistas de 1789," han dejado de ser legitimistas, y no saben qué dirección seguir como partido. *No hablemos de esto más.*

Por último, aún se ha llegado á punto de poderse decir que entre el Presidente y la Revolución no hay nada de común.

Esta fórmula expresa exactamente el origen y principio de la crisis de que me habláis, y de que hablan todos los periódicos; es de temer que, continuando tal antagonismo, el Presidente tenga la suerte de todos los partidos monárquicos, y que la Revolución quede por dueña de un terreno que ningún enemigo le dispute.

El Presidente se ha equivocado en el momento supremo: ha obrado sabia y juiciosamente reconociendo el sufragio universal, único título de legitimidad admitido hoy en Francia;

pero ha cometido un verdadero error pidiendo después el poder y buscándolo inmediatamente por las vías legales; habría debido asegurar ese poder por un golpe de Estado, dispersando á la Asamblea después de hacerse absolver por el sufragio universal y de obtener carta blanca para adoptar las medidas que la situación exigiese.

En vez de esto, deja á Francia sin Gobierno; pierde el tiempo en escribir mensajes á la Asamblea, y no sabiendo resolverse á dar contra ella un golpe de Estado, está perdido; la Asamblea, por su parte, se perderá no decidiéndose á dar el golpe de Estado contra el Presidente.

El error capital de todos en Francia consiste en creer ciegamente que es posible salir de esta situación por el camino pacífico y legal, mientras que, al contrario, sólo la fuerza podría ponerle fin. El más fuerte será el que dé primero, y creo que quien primero dé no será ni la Asamblea ni el Presidente: será la Revolución.

El drama ha principiado, y de un solo salto estamos ya en la última jornada.

Siempre suyo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 2 de Noviembre de 1851.

Mi querido Conde: La reconciliación ha sido sincera, pero esto no excluye lo que le dije á este propósito: el hombre es capaz de hacer con sinceridad las cosas más contradictorias, según las circunstancias. Por mi parte, en mi cualidad de hombre de principios, sólo atiendo á ellos y hago poco caso de las personas. He creído que el Gabinete de Madrid no debía tomar sobre sí la necia responsabilidad de oponerse arbitrariamente á que vuelva á España, y he pensado á la vez que era mi deber prevenir el peligro que, volviendo él, hubiera corrido el Ministerio. He podido llegar á conciliar ambas cosas, tan difíciles de conciliar entre sí. Lo que no impide que me llamen muchos traidor. ¿Qué os parece? En el fondo soy amigo de este hombre y deseo que vuelva á ocuparse en los negocios, pero á condición de que se conforme con mis principios; de otra manera, no. Todo lo que sale de mi boca os parece el lenguaje de un santo, y, sin embargo, yo no quiero engañarme á mí mismo; el advenimiento de Narváez al poder puede acontecer si conviene; pero en ese caso yo no le ofreceré seguramente mi concurso sino á cambio de garantías.

No me creáis niño, como he descubierto últimamente que lo sois vos: acaso imagináis que todos son así; el hombre, es cierto, debe tener algo de paloma, pero debe tener también algo de serpiente; debe ser paloma cuando se trata de uno propio; debe convertirse en serpiente cuando sea preciso desenmascarar las intrigas de otro.

Se lo repito: todo está irrevocablemente concluído entre el Parlamento y yo.

Creo que Istúriz será ministro merced al apoyo de la Reina madre. Su Ministerio no se diferenciará de los que le han precedido, y él hará en Madrid lo que ha hecho en Londres, es decir, nada. El retrato que hacéis de Miraflores es perfecto: sois un niño admirable. ¡Si vierais qué despachos escribel!

Voy á daros la clave de la situación política en Francia: toda derrota del gran partido del orden, sea quienquiera el vencedor, es un triunfo para la causa del orden verdadero; toda victoria, por el contrario, del gran partido del orden, es un triunfo de la anarquía; de donde concluyo que debéis declararos por el Presidente y contra el gran partido del orden; si este último triunfa, la verdadera Monarquía no llegará nunca; si la victoria es del Presidente, ó de Changarnier, ó del socialismo ó del diablo, la verdadera Monarquía se hace posible; pero después que este país haya sufrido la dictadura militar ó el despotismo revolucionario.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS 14 de Noviembre de 1851.

Mi querido Conde: Gracias por los dos documentos, relativos, uno de ellos á Carini, y el otro á mí. Gracias sobre todo por vuestra felicitación con motivo de mi gran cruz ¹ y de mi elección senatorial. Estoy cierto que ninguna enhorabuena es tan sincera como la vuestra, y no podéis dudar que ninguna otra me causa tanto placer como ésta.

El nombramiento de Carini es anterior á la famosa carta de Lord Palmerston: el Gobierno napolitano abdicaría toda su dignidad si, después de semejante carta, enviase un Ministro

¹ El marqués de Valdegamas acababa de recibir la gran cruz de la Orden de Carlos III.

á Londres: es, pues, probable que dilate la partida de Carini.

Os engañáis cuando decís que *mi tiempo llegará*; mi tiempo no llegará nunca, lo cual, lejos de entristecerme, me alegra. Es probable que el orden no se restablezca jamás; pero si llegase á restablecerse, no sería sino después de grandes sacudimientos y bajo la influencia de una reacción violenta. En ese caso no sería á mí á quien viniera el poder, sino á otros que ni vos ni yo conocemos, y que no podemos conocer de antemano.

Por lo demás, Francia é Inglaterra siguen una línea de conducta que encuentro muy natural. A nadie se oculta mi manera de ver, y por esta franqueza soy estimado.

El hombre ha dejado su sinceridad primitiva y ha entrado en la fase de un nuevo género de sinceridad. Irá á Madrid, aunque había dado su palabra de no volver allá. Mientras hemos permanecido solos, el uno enfrente del otro, he hecho de él lo que he querido; pero la venida á París de Bermúdez de Castro todo lo ha echado á perder, y se prepara á asistir á la boda de la Reina. Es imposible contar con este hombre; será siempre lo que ha sido, ni más ni menos.

Todo esto es confidencial; aunque todo Madrid debe saberlo pronto, no conviene que os deis por enterado.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 18 de Noviembre de 1851.

Mi querido amigo: No tengo necesidad de leer lo que habéis escrito de mí á vuestro Gobierno para adivinarlo y saberlo por intuición, y para daros, por consiguiente, gracias. Os equivocáis si creéis que mi tiempo se aproxima; está, al contrario, muy lejos aún, y es muy probable que nunca llegue. No es posible que se me llegue á ofrecer el poder; me ha sido ofrecido ya más de una vez; la dificultad, ó por mejor decir la imposibilidad, está en que yo acepte, en que haya disposición para seguir mi sistema, y en que yo mismo tope con una espada que me preste su ayuda. El concurso de tales condiciones es tan inverosímil, como difícil tocar al cielo con las manos. Por otra parte, nadie me ha hecho proposiciones.

Alegraos: el partido de orden ha sucumbido ayer. El Presidente ha tenido cien votos de mayoría, y el partido burgués y doctrinario ha muerto. Ignoro lo que le seguirá; pero sé que el diablo se ha llevado al Gobierno parlamentario: hágale decir una misa de *requiem*. No se ofrecen, pues, ante los ojos otras maneras de regir que el sable y la revolución; dadas estas condiciones, se hace posible una restauración de buena ley. Francia está aún destinada á salvar al mundo.

No creáis que deje de ofrecer inconvenientes el preferir á Changarnier sobre el Presidente. Es posible y hasta probable que Changarnier llame á Enrique V; ¿pero no será Enrique V parlamentario? Porque Changarnier tendría que someterse á las condiciones que le impusieran los doctrinarios que le sostienen.

Cierto, el Presidente tiene malos lados; pero entre los suje-

tos que le rodean hay alguno—no podéis adivinar quién es—que ha adquirido influencia en el Elíseo, y cuyos consejos tienen gran autoridad.

Siento que en la alta sociedad se haga caso de Lord-Howden, y celebro que se sepa apreciar al niño cuyo consejo desearía que fuese seguido. Narváez será moderado al principio; pero sus pasiones acabarán por arrebatarse más allá de los límites de la moderación, como ha sucedido siempre. Ya veréis como él se estrella, y nosotros con él.

VALDEGAMAS.

25 de Noviembre de 1851.

Mi querido amigo: No me sorprende la cólera de la Corte al saber, no sólo lo que he propuesto, sino lo que he aconsejado respecto de Narváez. He inclinado al Gobierno á tratar con el General para que sea llamado el día que los Ministros actuales no puedan permanecer más tiempo; he dicho que debían imponérsele á la vez condiciones para el bien del Estado, y exigírsele prendas ciertas y seguras. Desearía utilizar el ascendiente de este hombre en provecho de nuestras ideas, de las cuales se ha declarado partidario en sus conversaciones conmigo. Es evidente que después de haber, en último término, faltado á su ofrecimiento, Narváez ha demostrado que no merece la confianza de nadie, y yo mismo no me atrevería á fiarme de él; que la Corte haga ó no caso de mis consejos, me es por completo indiferente con tal que yo encuentre siempre en mi conciencia el testimonio de que en todas las cosas he aconsejado lo que es más conveniente á mi patria y á la Monarquía.

La situación empeora cada día: así, no me parece imposible que en el momento más inesperado estalle la guerra entre el

Presidente y la Asamblea. Es difícil predecir cuál será el resultado de la lucha: el Ejército decidirá de la victoria. Todos se figuran que pueden contar con su concurso; pero el Ejército mismo está dividido, como lo está Francia, y si el trabajo de descomposición general continúa su progreso, pronto no habrá, propiamente hablando, Ejército en Francia. Sin embargo, tengo motivos para creer que hoy los cálculos de la probabilidad están en favor del Presidente; pero si el conflicto engendrara una lucha que durara algunos meses (lo que no creo), el triunfo no sería ni del Presidente, ni de la Asamblea, sino de la Revolución, á la cual pertenecerá de todos modos la victoria definitiva.

Istúriz estará aquí á fin de esta semana: no hay duda que no es él el futuro Ministro.

Vuestro afectísimo,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 1.º de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: Todo sucede aquí como yo previa: el Parlamento ha muerto, sus jefes están aterrorizados, y algunos se han provisto ya de sus pasaportes; el Presidente es dueño de la situación: dará el golpe de Estado el día que determine, y lo hará pronto. Apercibíos á oír algo de grave dentro de poco. La situación puede variar, naturalmente, de un día á otro; pero es tal como os la describo, y no es probable que sufra modificaciones.

No tengo tiempo para nada: no podéis imaginar hasta qué punto me tiene rendido el trabajo.

Istúriz ha llegado hoy: el jueves sale para Madrid.

Narváez se hará conspirador. Algunos piensan que yo no

debería haber guardado la actitud que he guardado con él. Es fácil acusar después del suceso: pero vos, que sois hombre de conciencia, decidme si no era justo y prudente intentar un esfuerzo supremo para convertir á ese hombre, que hubiera podido ser tan útil y que es tan peligroso. Ahora se ha visto que es incorregible: yo temía este resultado, pero ha querido adquirir un testimonio irrecusable para saber cómo es preciso pensar irrevocablemente del sujeto.

Todo esto se lo participo en confianza.

VALDEGAMAS.

PARÍS, 3 de Diciembre de 1851.

Mi querido amigo: Ya sabéis hasta qué punto eran fundadas mis previsiones y exactos mis informes. El golpe está dado, golpe el más hábil que registra la historia: un hombre que pasaba hace poco por un aventurero, ha echado ayer los cerrojos que encierran á los más conspicuos personajes políticos y militares de Francia.

Hoy se inició una insurrección en el barrio de San Antonio, que fué reprimida en el acto. La verdad es que este hombre ha vencido todos los obstáculos que se oponían á su paso, y que, á la hora en que os escribo, es el dueño de Francia.

He aquí lo que puede el que sabe lo que quiere enfrente de los que ignoran lo que desean.

No tengo tiempo para escribiros más extensamente.

Vuestro siempre,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 7 de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: No hay nada que temer de los insurrectos: ha habido más de mil víctimas: no se les ha dado cuartel. El levantamiento no ha sido socialista, sino *burgués*; las barricadas estaban ocupadas por gentes de botas embetunadas, periodistas, tenderos y legitimistas; unos y otros, locos y revolucionarios por igual, han dado á la insurrección un contingente considerable. La obra de Dios se ha cumplido del modo que yo había previsto, aunque nadie participaba de mi opinión.

Yo había dicho á *quien se le debía decir* que de todo este *lodazal* había de resultar el *deshielo* parlamentario y burgués; que Luis Napoleón es en el momento actual el instrumento de la Providencia, y que en esta empresa debía ser invencible. Ahora principia una nueva época; hasta aquí todos han trabajado para *él*; de hoy en adelante él va á trabajar para otros: *Dejad pasar la justicia de Dios.*

Todos mis colegas han juzgado la cuestión como todo el mundo, es decir, al revés; yo procuraba rectificar su manera de ver, y ahora me dan la razón. Mi método para juzgar claramente las cosas es muy sencillo: elevo los ojos á Dios, y en Él veo lo que busco en vano en los acontecimientos, considerados en sí mismos. Este método es infalible y está al alcance de todo el mundo.

Siempre vuestro,

VALDEGAMAS.

PARÍS, 10 de Diciembre de 1851.

Mi querido Conde: He recibido vuestra carta del 3, como todas las vuestras, llena de hechos y de observaciones. Efectivamente, Narváez se ha expresado siempre en el sentido que conocemos, y creo que obraba de buena fe: su interés personal le aleja del buen camino; pero yo creía haberle demostrado que en el caso presente su interés está del lado de los buenos principios. Le creí penetrado de esta verdad, y esta razón me había persuadido de que había llegado á hacerle participar de mi convicción. Mi opinión era tanto más fundada, cuanto que estoy persuadido sinceramente á que serviría á su propio interés adaptándose á nuestros principios. Los últimos acontecimientos de Madrid demuestran que yo tenía razón; á estas horas siente, sin duda, no haber seguido mis consejos; pero ya es tarde para que vuelva sobre sí, y, por otra parte, no tengo confianza en él.

Sé por buen conducto que actualmente busca apoyo en Inglaterra: lo he sabido antes de su ida, y he prevenido á mi Gobierno respecto á sus relaciones con Lord Howden. Lo que me decís viene á corroborar las noticias que yo os tenía dadas.

Decís, y con razón, que no tenéis confianza en la virtud, y yo os contesto á esto que ya veréis lo caro que os cuesta este desprecio: la virtud tiene más fuerza que la que se le supone, y sus detractores son más débiles de lo que se presume.

Lo que me escribís respecto al pobre Miraflores es afflictivo; no hay hombre más digno de compasión. En cualquier país, la nota que vos habéis enviado hubiera sido motivo bastante para la caída de un Ministro.